

do por sí misma, no habiendo querido Napoleon aprovecharse de ella.

Todos veían aquí una razón para acelerar el desenlace; y no era esta la razón única, pues á cada momento se anunciaba la llegada del conde de Artois, y despues de recibido este príncipe en París con las aclamaciones que nunca faltan á los que llegan de nuevo, tal vez no fuera posible alcanzar para Napoleon cosa alguna. Ya Alejandro habia prometido no admitir en París al conde de Artois antes de que se firmaran los ajustes relativos á la familia imperial, y este era un motivo mas para acabar pronto. De consiguiente diéronse prisa. Ante todo se discurrió que no era prudente vivir á la sombra de un armisticio tácito y que á cada instante podia ser roto, sin que hubiera que acusar á nadie. Así se convino en un armisticio formal y escrito para todos los ejércitos, y con especialidad para el que estaba acampado al rededor de Fontainebleau. Respecto de este se estipuló que desde Fontainebleau hasta Essona le separaria el Sena de las tropas aliadas, y el rio Essona á contar desde la ciudad del mismo nombre y siguiendo su curso tan lejos como lo exigiera la extension de los cantones. Firmado este armisticio, se aplicó la atención al tratado que debia fijar la suerte de Napoleon y de su familia.

Gracias á la voluntad muy explícita de Alejandro, no hubo cuestion respecto de la isla de Elba, disputada mas de una vez á instigacion de monsieur Fouché y de los ministros austriacos. Se estipuló que Napoleon poseeria esta isla en pleno dominio, conservando durante su vida el título de emperador, con que el mundo estaba acostumbra-

do á calificarle. Además se convino en que podria hacer que le acompañasen de setecientos á ochocientos hombres de su Vieja Guardia, los cuales le servirían de escolta de honor y de seguridad. Por fijar quedaba la suerte de María Luisa y de su hijo. Mr. de Metternich, llegado el 40 de abril, negó la Toscana, diciendo que, al aparecer Alejandro propicio á concederla, no se mostraba generoso mas que con los bienes ajenos. Se asignaron Parma y Placencia á la madre y al hijo. Despues hubo que ocuparse en los arreglos pecuniarios. Consintióse en señalar á Napoleon 2.000,000 de francos anuales, é igual suma para distribuirla entre sus hermanos y sus hermanas. Estas cantidades se debían sacar así del Tesoro francés como de las rentas de los inmensos países cedidos por Francia. Bajo esta condicion se obligaba Napoleon á entregar todos los valores del tesoro extraordinario y tambien los diamantes de la corona. De este tesoro extraordinario se le permitiria repartir 2.000,000 en capital entre los oficiales de quienes quisiera galar donar los servicios. Se prometió un principado para el príncipe Eugenio, cuando se fijaran los arreglos definitivos de territorio. Por último, la pension de la emperatriz Josefina debia ser continuada, aunque reducida á 4.000,000 de francos.

No se acordaron estas estipulaciones sino al cabo de prolijos debates. De resultas de oponer obstáculos el gobierno provisional, y no á causa de la extension de los sacrificios pecuniarios, sino á causa del reconocimiento del reinado imperial que se podia deducir de ellos, quiso Alejandro que se abocaran en una reunion comun los representantes de Napoleon y Mr. de Talleyrand y los ministros

aliados. Viva fué la discusion ocurrida, y el mariscal Macdonald, á quien indignaban por extremo sus pequeñeces, sostuvo allí la causa de la familia imperial con energía. Finalmente, la rudeza y la arrogancia de Mr. de Caulaincourt, que sobrepujaron hasta las altiveces habituales de Mr. de Talleyrand, pusieron término al debate, y todos quedaron acordes. A la sazón era el 10 de abril, y se anunciaba la próxima llegada del conde de Artois.

Al día siguiente hubo una reunion general de los ministros de las potencias, de los miembros del gobierno provisional y de los representantes de Napoleon. Firmado fué el tratado por los ministros de los monarcas aliados en separados instrumentos, y Mr. de Talleyrand, sin adherirse al tratado mismo, garantizó en nombre del gobierno real la ejecucion de las condiciones concernientes á Francia. Entonces Mr. de Caulaincourt desprendióse por vez primera de la abdicacion de Napoleon, y entrególa á Mr. de Talleyrand, quien la recibió con alegría poco disimulada. Asi debia terminar el mayor poder que reinó en Europa desde Carlo-Magno, y así el conquistador que habia firmado los tratados de Campo-Formio, de Luneville, de Viena, de Tilsit, de Bayona, de Presburgo, se hallaba reducido á aceptar por mano de su noble representante, no el tratado de Chatillon, al cual hizo muy bien en contestar con su repulsa, sino el tratado de 11 de abril que le concedia la isla de Elba con una pension para sí y para los suyos. ¡Terrible ejemplo del castigo que depara la fortuna á los que dejan que les embriaguen sus favores!

Tomando Mr. de Talleyrand la palabra con cierta mezcla de dignidad y de cortesia, ya firmados

todos los instrumentos del tratado, dijo á los tres representantes de Napoleon, que despues de cumplir ámpliamente sus deberes respecto de su soberano sin ventura, ahora el gobierno provisional contaba con la adhesion de ellos, y la apetecia á causa de su mérito y de su reputacion honrosa. A esta abertura contestó Mr. de Caulaincourt que sus deberes respecto de Napoleon no quedarian cumplidos del todo interin todas las condiciones recien suscritas no fueran fielmente ejecutadas. El mariscal Ney por su parte respondió que ya se habia adherido al gobierno de los Borbones, y que se adheriria de nuevo.—Yo obraré, dijo el mariscal Macdonald, lo mismo que Mr. de Caulaincourt.—Se separaron despues de estas declaraciones, y monsieur de Caulaincourt, acompañado por el mariscal Macdonald, volvió á partir hacia Fontainebleau de seguida.

Poco antes de que se firmara este tratado de 11 de abril, Napoleon habia enviado á pedir á monsieur de Caulaincourt el acta de su abdicacion. Aunque no se forjara la menor ilusion respecto del Austria, y de consiguiente comprendiera que, á pesar de amar el emperador Francisco á su hija, sobre todo anteponia el interés de su imperio, se lisonjeó de que, si María Luisa veia á su padre, quizá obtendria algo, por ejemplo la Toscana, preciosa por su vecindad á la isla de Elba. Asi aconsejóla por medio de la correspondencia secreta que habia entablado con ella, que se dirigiera al emperador Francisco. Siguiendo María Luisa este consejo, despachó muchos emisarios á Dijon, y recibió de su padre protestas de ternura de indole propia á enjendrar alguna esperanza. Al propio tiempo un

falso aviso llegado á Napoleon le hizo creer que Francisco II desaprobaba la precipitacion con que se condenaba la regencia de Maria Luisa en provecho de los Borbones. De resultas de este falso aviso, trató Napoleon de recoger el acta de su abdicacion, bien que sin insistencia, por haber reconocido muy pronto la ligereza de los informes llegados á su noticia. Mr. de Caulaincourt negóse rotundamente por no romper las negociaciones. Dando Napoleon el debido valor á tal conducta, recibió á Mr. de Caulaincourt y al mariscal Macdonald con mucha cordialidad y grandes muestras de agradecimiento. De sus manos tomó el tratado, lo leyó y aprobó del todo, con excepcion de la negativa de la Toscana, que sentia sobremanera, y dió muy expresivas gracias á los dos negociadores, y con mas especialidad al mariscal Macdonald, de quien no se habia prometido un proceder tan amistoso. De seguida despidió á ambos, cual si deseara descansar un poco, y remitir la continuacion de la entrevista para el dia siguiente.

Apenas habian salido los dos negociadores, de nuevo hizo llamar á Mr. de Caulaincourt segun su costumbre, para espaciarse con él en toda confianza. Se hallaba tranquilo, mas afectuoso que de ordinario, y asi en su actitud como en sus palabras habia algo de solemne. Aun habiendo ya aplicado toda la fuerza de su alma á moderarse en estas circunstancias extraordinarias, como elevándose en alas de su genio muy por encima de la tierra, lo cual Mr. de Caulaincourt no podia menos de admirar profundamente, ahora semejó como si se elevara mas todavía, al hablar de todo con desinterés extraordinario. De nuevo dió las gracias á Mr. de

Caulaincourt, pero esta vez muy personalmente, por lo que habia hecho, y pareció penetrado de gratitud de resultas, aunque no le causara ninguna sorpresa. Repitió que el tratado era bastante para su familia, mas que suficiente para él, que no necesitaba de nada, si bien tornó á expresar su sentimiento por no haber obtenido la Toscana, con cuyo motivo habló en esta forma.—Ese es un excelente principado que conviniera á mi hijo. Sobre ese trono, en que las luces han quedado como hereditarias, mi hijo fuera venturoso, mas venturoso todavia que sobre el trono de Francia, siempre expuesto á tempestades, y en que solo tiene un título para mantenerse mi raza, el de la victoria. Además, para mi esposa fuera de necesidad ese trono. La conozco, se pasa de buena, pero es débil y frívola....—Mi querido Caulaincourt, añadió, César puede tornar á ser ciudadano, pero que su muger se acomode á dejar de ser la esposa de César ya es mas dificultoso. Aun encontrara Maria Luisa en Florencia algun vestigio del esplendor de que en Paris se hallaba rodeada. Para visitarme no hubiera tenido mas que cruzar el canal de Piombino: mi prision estuviera como enclavada en sus Estados: con tales condiciones me pudiera prometer verla, y hasta se me lograra ir a visitarla, y cuando se convencieran todos de que ya habia renunciado yo al mundo, y de que nuevo *Sancho no pensaba ya mas que en la felicidad de mi ínsula*, se me permitieran estos pequeños viages; asi tornara á hallar la ventura de que no he disfrutado ni en medio de todo el brillo de mi gloria. Pero ahora, cuando para verme sea preciso que mi muger salga de Parma y cruce muchos principados extrangeros.... ¡Dios

sabel... Pero dejemos este asunto; hicisteis cuanto os fué posible... y os lo agradezco mucho; Austria no tiene entrañas.—De nuevo estrechó la mano de Mr. de Caulaincourt, y habló de toda su vida con rara imparcialidad é incomparable grandeza.

Ante todo convino en que se había engañado, pues prendado de Francia, del lugar que ocupaba en el mundo y del que le era dado ocupar todavía, con ella y para ella quiso erigir un imperio inmenso, un imperio regulador, del cual dependieran todos los otros; y también reconoció que, despues de haber realizado casi en totalidad este magnífico sueño, no supo detenerse en el límite señalado por la naturaleza de las cosas. Despues habló de sus generales, de sus ministros; consagró un recuerdo á Masséna; afirmó que entre todos sus generales era el que había dado cima á cosas de mas bulto; no volvió ya á mentar aquella campaña de Portugal, desgraciadamente harto justificada por nuestras desdichas en la Península; mas repitió lo que mas de una vez había ya dicho, que á la brillante defensa de Génova el año 1800, no le faltó mas que una cosa, veinte y cuatro horas mas en la resistencia. Asimismo habló de Suchet, de su profunda sensatez, así en la guerra como en la administración; acerca del mariscal Soult y de su ambición dijo algunas palabras; respecto del mariscal Davout no pronunció ni una sola, pues de dos años atrás le había perdido de vista, aunque á la sazón obraba en Hamburgo portentos de energía ignorados en Francia; por último, habló de Berthier, de su recto juicio, de su honradéz, de sus raros talentos como gefe de estado mayor.—Le amaba, dijo, y me acabá de dar una verdadera pesadumbre. Le

he rogado que pasara algun tiempo conmigo en la isla de Elba, y á mi parecer no le ha sonado bien la especie... sin embargo, no le hubiera detenido largo tiempo. ¿Por ventura creéis que desee yo prolongar indefinidamente una vida inútil y ociosa? Esa prueba de adhesión le hubiera costado muy poco; pero su alma está quebrantada, y es padre y piensa en sus hijos; se figura que podrá conservar el principado de Neuchatel, y se engaña, aunque es digno de excusa. Amo á Berthier... no le dejare de amar nunca... ¡Ah, Caulaincourt, sin indulgencia no es posible juzgar á los hombres, y menos aun gobernarlos!—Luego habló Napoleon de sus otros generales; citó á Clausel y á Gerard como esperanza del ejército francés, é hizo algunas reflexiones, no amargas, sino tristes, sobre la premura de algunos oficiales en abandonarle, y dijo de este modo.—¿Por qué no lo hacen con franqueza? Harto conozco su deseo y su embarazo, y procuro dejarles á sus anchas, y les digo que no les queda mas arbitrio que servir á los Borbones; pero en vez de aprovechar la salida que les abro, me dirigen vanas protestas de fidelidad, para enviar de seguida y bajo mano su adhesión á Paris, y valerse de un falso pretexto para irse. No aborrezco mas que el disimulo; como si no fuera natural que militares antiguos y cubiertos de heridas aspiren á conservar bajo el nuevo gobierno la recompensa de los servicios que han prestado á Francia! ¿Por qué obrar á escondidas? Pero los hombres no saben nunca ver en claro lo que deben y lo que les es debido, y ajustar á ésta medida sus palabras y sus acciones. Mi valiente Drouot es muy distinto. No está contento, lo conozco de sobra, y no por inte-

rés suyo, sino por el de nuestra pobre Francia. No aprueba mi conducta, y así y todo perseverará a mi lado, no tanto por afecto á mi persona como por respeto á sí mismo... Drouot... Drouot es la virtud personificada!—

Acto continuo habló Napoleon de sus ministros. Se manifestó afectado de que de Blois no hubiera venido ninguno de ellos á dirigirle palabras de despedida. Del duque de Feltró habló como siempre habia pensado, poco favorablemente. Sobremanera encomió la probidad, el saber, la aplicacion al trabajo del conde Mollien y del duque de Gaeta. Acerca del almirante Decrés se extendió mucho. Al parecer dió á este ministro, á quien amaba poco, una importancia proporcionada á su talento.—Duro es é implacable en sus palabras, dijo Napoleon, y no parece sino que se complace en hacer que se le aborrezca, pero está dotado de talento muy eminente. No son culpa saya las desgracias de la marina, sino de las circunstancias. Con poco desembolso habia aprestado un material soberbio. ¡Caulaincourt, llegué á tener ciento veinte navios de línea! Inglaterra no se dormía, aun paseándose sobre los mares. Mucho daño me ha hecho sin duda, pero en su costado le queda una flecha envenenada. Yo soy el que la he creado esa deuda, que pesará sobre las generaciones futuras como una carga eternamente incómoda, si no abrumadora.—Tambien habló Napoleon de Mr. de Basano, de Mr. de Talleyrand y del duque de Otranto.—Muy sin fundamento, dijo, se acusa á Basano. La opinion ha menester de una víctima en todos los tiempos. Se le imputan mis graves resoluciones; vos sabéis la verdad como que todo ha pasado á vuestra vista. Es un hombre de

bien, de instrucción, laborioso, adicto y de una fidelidad inviolable. No tiene el talento de Talleyrand, pero vale mas con mucho. Digase lo que se quiera, Talleyrand no opuso mayor resistencia que Basano á las resoluciones de que se me culpa. Ahora acaba de hallar un papel y se lo ha apropiado. Por lo demás debe desear que gobiernen segun su mente los Borbones. Será para ellos un excelente consejero, pero no son mas capaces de conservarle seis meses que Talleyrand de permanecer igual tiempo á su lado. Fouché es un miserable. Se va á agitar y lo embrollará todo. Me aborrece profundamente á la par que me tiene gran miedo. Así me quería ver en las extremidades del Océano.

Esta conversacion se hacia interminable, y Mr. de Caulaincourt admiraba el juicio imparcial, casi indulgente de Napoleon de continuo, y en que apenas quedaban algunos vestigios de las pasiones de la tierra. A este tiempo se anunció la llegada del conde Orloff, como portador de las ratificaciones del tratado de 11 del abril, despachadas con empeño y sin demora y en muestra de extremada cortesía por el emperador Alejandro. Napoleon manifestó causarle molestia, y no quiso separarse de Mr. de Caulaincourt, como sin prisa alguna de estampar su firma al pie de tal documento. Continuando la conversacion entablada, despues de hablar de los demás, le tocó el turno de hablar de sí propio, de su situacion, y dijo con acento de dolor profundo.—Sin duda que padezco ahora, pero cuantos padecimientos me afligen no son nada en comparacion de uno que supera á todos. ¡Acabar mi carrera firmando un tratado, sin poder estipular ni un solo interés general, ni siquiera un solo inte-

rés moral, como la conservacion de nuestros colores, ó el mantenimiento de la Legion de honor!... ¡Firmar un tratado en que no se me dá mas que dinero!... ¡Ah, Caulaincourt, si no estuvieran de por medio mi hijo, mi muger, mis hermanas, mis hermanos, Josefina, Eugenio, Hortensia, yo haría mil pedazos ese tratado!... ¡Ah, si despues de acreditar mis generales tanto valor y por tan largo tiempo, lo conservaran dos horas mas, yo hubiera cambiado los destinos!... Si ese miserable Senado, que una vez segregada mi persona, no tiene para negociar por sí fuerza alguna, se pusiera de mi parte, si me dejara estipular á favor de Francia, con la fuerza que aun me quedaba y el miedo que inspiraba todavía, yo sacara otro partido de nuestra derrota. Algo obtuviera para Francia, y despues me sepultara en el olvido... ¡Pero dejar á Francia tan pequeña despues de haberla recibido tan grande!... ¡Qué dolor!... —

Y Napoleon parecia agobiado bajo el peso de sus reflexiones, que en las faltas ajenas le representaban las faltas propias, porque efectivamente, si sus generales no le habian querido seguir por vez postrera, no era sino porque los habia extenuado; si el Senado no le habia dejado obrar libremente, no era sino porque conocia la necesidad de arrancarle el poder de las manos para terminar una crisis horrorosa. Todas estas verdades distinguia claramente sin expresartas, y castigándose á sí propio al juzgarse, pues asi es como la Providencia castiga al genio; le deja el cuidado de condenarse y de atormentarse con su misma perspicacia. Despues, con acrecentamiento de dolor, añadió Napoleon lo siguiente: — ¡Y estas humillaciones no son

aun las postreras!... Ahora voy á atravesar esas provincias meridionales, donde tan violentas son las pasiones. Que los Borbones me hagan asesinar, se lo perdono, pero quizá seré entregado á los ultrajes de ese abominable populacho del Mediodía. Nada es morir en el campo de batalla ¡mas en medio del lodo y á tales manos!... —

A la sazón parecia que Napoleon vislumbraba horrorizado, no la muerte que estaba acostumbrado á arrostrar de sobra para que le infundiera susto, sino un suplicio infame... Finalmente, echando de ver que esta conversacion se habia prolongado sobremanera, excusándose de haber detenido á Mr. de Caulaincourt tanto tiempo, le despidió con demostraciones todavía mas afectuosas, repitiendo que le volveria á llamar cuando le hiciera falta. Mr. de Caulaincourt se retiró vivamente conmovido de cuanto le habia escuchado, y persistiendo en ver en estas largas recapitulaciones, en estos juicios supremos sobre los demás y sobre sí propio, un adios á las grandezas y no á la vida. Se engañaba del todo, pues un adios á la vida creyó dar Napoleon al espaciarse de esta manera. Con efecto, sacababa de tomar la resolucion extraña y poco digna de él de darse muerte. Rara vez sienten los caracteres muy activos disgusto de la vida, porque usan demasiado para sentir la tentacion de renunciar á ella. Napoleon, que fué uno de los seres mas activos de la naturaleza humana, no tenia por tanto propension alguna al suicidio; hasta lo desdeñaba como una renuncia irreflexiva á las eventualidades de lo porvenir, que siempre son tan numerosas como imprevistas para todo el que sabe aguantar el peso transitorio de los malos dias. Sin

embargo, aun en las adversidades mas animosamente sobrellevadas, hay momentos de abatimiento en que el espíritu y el carácter se doblegan bajo el peso del infortunio. Napoleon pasó este dia por uno de esos momentos de irresistible y cruel desmayo. Estando firmado el tratado concerniente á su familia y comprometido el honor de los soberanos, pareciéndole asegurada la suerte de su hijo, de su muger y de sus deudos, ya creyó haber cumplido sus últimos deberes. Por otra parte, se le figuraba que para hombres de bien su muerte imprimiria mas sagrado carácter á los empeños contraidos con su persona, y que cesando de tenerle miedo, se acabaria de profesarle odio. Asi, dando por terminada su carrera; no concibiéndose en una pequeña isla del Mediterráneo, donde no haria mas que respirar el aire cálido de Italia; no contando siquiera con las afecciones de familia, pues en estos instantes de siniestra perspicacia adivinaba que no le dejarian su hijo, ni su esposa; humillado ante la necesidad de firmar un tratado, cuyo carácter era esencialmente personal, y por decirlo asi, pecuniario; cansado de oír todos los dias el rumor de las maldiciones públicas; viéndose con horror entregado en su viaje á la isla de Elba á los insultos de un populacho hediondo, le llegó á parecer aborrecible un momento la vida y decidió hacer uso de un veneno que de muy atrás conservaba á mano para una coyuntura extremada. En Rusia, al dia siguiente de la sangrienta batalla de Malo-Jaroslavetz, despues de la súbita irrupcion de los cosacos que puso en peligro su persona, pidió al doctor Ivan una gran dosis de ópio á fin de librarse del insoportable suplicio de ornar el carro del ven-

cedor. Comprendiendo el doctor Ivan la necesidad de una precaucion de esta especie, le preparó la dosis pedida, cuidando de meterla en un bolsito para que la pudiera llevar encima, sin apartarla jamás de su lado. Vuelto á Francia, y no queriéndose deshacer de ella, la guardó en su estuche de viaje, donde estaba todavía.

Tras de las abrumadoras reflexiones propias de su estado, considerando asegurada la suerte de los suyos, no creyendo comprometerla con su muerte, escogió esta noche del 11 de abril para acabar con las fatigas de la vida, que ya no podia soportar despues de tanto haber ido en pos de ellas; y á continuacion de sacar de su estuche la pocion terrible, y de desleirla en un poco de agua, y de bebérsela de un sorbo, se dejó caer en el lecho, donde creyó que se iba á dormir para siempre.

Dispuesto á aguardar alli los efectos del veneno, aun quiso dirigir un adios á Mr. de Caulaincourt, y con especialidad enterarle de sus últimas intenciones acerca de su muger y de su hijo. Le hizo llamar á eso de las tres de la madrugada, excusándose de interrumpir su sueño, si bien alegando la necesidad de añadir algunas instrucciones importantes á las que ya le habia dado. Apenas se distinguia su rostro al fulgor de una luz casi extinguida; su voz sonaba débil y un tanto alterada. Sin decir lo mas leve acerca de lo que habia hecho, de debajo de la almohada sacó una carta y una cartera, y presentándoselas á Mr. de Caulaincourt, le manifestó lo que sigue.—Esta carta y esta cartera están destinadas para mi muger y para mi hijo, y os ruego que se las entregueis con vuestra propia mano. Tanto mi muger como mi hijo tendrán nece-

sidad suma de los consejos de vuestra hombría de bien y de vuestra prudencia, pues su situación va á ser muy espínosa, y os suplico que no os apartéis de su lado. Además este estuche (y señalaba al suyo de viaje) será entregado á Eugenio. A Josefina direis que he pensado en ella antes de abandonar la vida. Tomad este camafeo y conservadlo en mi memoria. Sois un hombre de bien que siempre os afanásteis por decirme la verdad... Dadme un abrazo.—Al oír estas últimas palabras, que sobre la resolución tomada por Napoleón no consentían ya la mas leve duda, Mr. de Caulaincourt cogió las manos á su soberano y las humedeció con sus lágrimas, á pesar de no conmoverse fácilmente. Le llamó la atención el vaso que aun contenía residuos del brevaie mortal, y á la pregunta que dirigió á Napoleón obtuvo por única respuesta la suplica de que guardara silencio, y no se apartara de su lado, y le dejara terminar pacíficamente su agonía. Mr. de Caulaincourt ansiaba escaparse de allí para pedir socorro. Al principio con ruego y despues con autoridad le instó Napoleón á no hacer cosa alguna, por no querer ningún ruido, y menos aun que ojos extráñeros se fijaran sobre su figura expirante.

Paralizado en cierto modo se hallaba Mr. de Caulaincourt cerca del lecho, donde parecía próxima á extinguirse aquella existencia prodigiosa, cuando el rostro de Napoleón se contrajo de pronto. Cruelmente padecía y se esforzaba en mantenerse tieso contra los dolores. Muy luego espasmos violentos anunciaron vómitos inmediatos. Napoleón se vió obligado á ceder al fin á este movimiento de la naturaleza, despues de resistirlo. En una palan-

gana de plata sostenida por Mr. de Caulaincourt arrojó parte de la pocion que habia tomado. A la sazón aprovechóse aquel de la coyuntura para desaparecer un instante y pedir socorro. Al punto vino el doctor Ivan, y todo explicóse ante su presencia. Por último servicio le pidió Napoleón que renovara la dosis de ópio, á causa de temer que la que le quedaba en el estómago no fuera bastante. Al oír tal insinuación manifestó el doctor Ivan sublevado. Muy bien pudo prestar á su señor un servicio de esta clase en Rusia, para ayudarle á que se librara de una situación horrorosa; mas ahora doñóle amargamente habérselo prestado, y como insistiera Napoleón en su demanda, se salió de su cuarto para no asomar por allí de ningún modo. En este momento llegaron el general Bertrand y monsieur de Basano. Napoleón recomendó que se divulgase lo menos posible este triste episodio de su vida, esperando aun que fuera el postrero. Efectivamente, habia lugar para pensarlo, pues aparecía casi consumido y sin aliento. De seguida cayó en un adormecimiento de muchas horas.

Sus fieles servidores permanecieron inmóviles y consternados en torno suyo. De vez en cuando sentia dolores de estómago horrorosos, y dijo muchas veces:—¡Cuán difícil es morir, siendo tan fácil sobre el campo de batalla!... ¡Ah por qué no acabó mi vida en Arcis-sur-Aube!—

Sin mas accidentes pasó la noche. Ya empezaba á creer que por ahora no veía el término de su existencia, y los personajes adictos que le rodeaban lo esperaban de igual modo, dándose por felices de que no hubiera muerto, sin mostrarse muy satisfechos por él de que siguiese vivo. A este tiem-

po se presentó el mariscal Macdonald, que antes de dejar á Fontainebleau, queria ofrecer sus respetos al emperador sin corona.—De muy buena voluntad recibiré á ese dignísimo hombre, dijo Napoleon, pero que espere, porque no quiero que me vea en el estado en que me hallo ahora.—Tambien el conde Orloff por su parte aguardaba las ratificaciones en cuya busca habia ido. Ya era la mañana del 12. A esta hora el conde de Artois se disponia á entrar en París, y muchos personajes se mostraban impacientes por salir de Fontainebleau. Napoleon quiso reponerse algun tanto antes de que nadie se aproximara á su persona.

Después de un adormecimiento bastante largo, Mr. de Caulaincourt y uno de los tres personajes iniciados en el secreto de su envenenamiento, le tomaron en brazos y le pusieron cerca de una ventana que estaba abierta. Sensiblemente reanimóle el aire.—Lo ha decidido el destino, dijo á Mr. de Caulaincourt, fuerza es vivir y aguardar lo que de mí disponga la Providencia.—De seguida consintió en recibir al mariscal Macdonald. Este fué introducido, sin enterarle del secreto recóndito para todo el mundo. Tendido le halló sobre una silla larga, y al ver con susto aquel abatimiento, le expresó respetuosamente su pesadumbre (1). Pero Napoleon fingió atribuir el estado en que se encontraba á dolores de estómago, que le atacaban algunas veces, anunciando así la enfermedad que le arrastró al fin al sepulcro. Afectuosamente estrechó la mano del mariscal y le dijo:—Sois un hombre ex-

(1) Tal es la fiel relacion del mariscal en sus Memorias todavía no publicadas.

celente, y aprecio vuestra generosa conducta respecto de mi persona, de suerte que desearia acreditaros mi gratitud mas expresivamente que con palabras; pero ya no dispongo de los honores; ya no me queda dinero, y no es digno de vos tampoco. Sin embargo, ós puedo ofrecer alguna muestra á la que de seguro seréis sensible.—Entonces pidiendo un sable que tenia á la cabecera de la cama, y presentándoselo al mariscal, añadió lo siguiente:—Aqui tenéis el sable de Mourad-Bey, que fué uno de los trofeos de la batalla de Aboukir, y que he usado á menudo. Le conservareis en memoria de nuestras últimas relaciones, y lo trasmitireis á vuestros hijos.—Con emocion extremada aceptó el mariscal este noble testimonio, y lleno de efusion estrechó al emperador en sus brazos. Se separaron para no verse ya nunca, á pesar de no haber aun concluido la carrera del uno ni del otro. A París marchó el mariscal de seguida. Tambien habia partido Berthier, prometiendo que volveria presto, si bien de un modo que no persuadió á su antiguo soberano.—Ya vereis como no vuelve, habia dicho Napoleon con tristeza, aunque sin amargura. Durante este intervalo Mr. de Caulaincourt halló al fin oportunidad para despachar las ratificaciones del tratado de 44 de abril, y entregarlas al conde de Orloff revestidas con la firma imperial. Acto continuo tornó al lado de Napoleon, quien acababa de recibir una carta de Maria Luisa extremadamente afectuosa. En ella le daba las noticias mas satisfactorias de su hijo, le manifestaba la adhesion mas completa, y le expresaba la resolucion de unirsele lo mas pronto posible. Sobre el ánimo de Napoleon produjo un efecto extraordinario, y en cierto modo

le volvió á la vida. Aquello fué como si se presentara una nueva existencia ante su imaginacion poderosa.—Viviré, dijo á Mr. de Caulaincourt, ya que lo ha querido la Providencia!... ¡Quién es capaz de sondear lo porvenir! Fuera de que me bastan mi muger y mi hijo. Los veré, si, los veré á menudo; cuando se convengan de que no pienso ya en salir de mi retiro; se me permitirá recibirlos, tal vez ir á visitarlos, y además escribiré la historia de lo que hemos llevado á cabo... ¡Caulaincourt, yo immortalizaré vuestro nombre!—Después añadió.—Aun hay razones para vivir.—Entonces recreándose con movilidad prodigiosa en la nueva existencia que acababa de figurarse en perspectiva, se ocupó de los pormenores de su establecimiento en la isla de Elba, y quiso que Mr. de Caulaincourt fuera en persona, ya al lado de María Luisa, ya al de los soberanos, para arreglar el modo de que se le uniera su esposa. No pensó en reservarse dinero alguno: todo el tesoro del ejército se había consumido en sus asignaciones. Unos cuantos millones le quedaban á María Luisa. Su intencion era dejarlos, para que de nadie tuviera que reclamar ningun servicio, y menos de su padre. Mas en la necesidad imprescindible de apelar á este único recurso, consintió en partirlo con ella. A Mr. de Caulaincourt encargó que fuese á visitarla, y la aconsejase de nuevo que pidiera una entrevista al emperador Francisco, quien tal vez conmovido la concedería la Toscana. De seguida por Orleans, y al camino del Borbonés le debia salir al encuentro. Con todo, recomendó muy eficazmente á Mr. de Caulaincourt que no la diera prisa para que se le juntara, y que sobre esto dejara que nacieran de

su corazón las resoluciones, diciendo una vez y otra:—Yo conozco á las mugeres, y con especialidad á la mía, y es una enorme prueba la de ofrecerla una prision en lugar de la corte de Francia tal como yo la habia formado. Sime mirara con rostro triste ó enojado me desgarraría las entrañas. Yo prefiero la soledad al espectáculo de la tristeza. Si su inspiracion la impulsa á mi lado, la recibiré con los brazos abiertos; de no ser así, quédese en Parma ó en Florancia, donde haya de reinar en suma. Yo no la pediré mas que mi hijo.—Después de manifestar estos escrúpulos, se ocupó Napoleon en los detalles de su viaje. Se convino en que á la isla de Elba le acompañaran comisarios de las potencias, y pareció tener empeño en la presencia del comisario inglés sobre todo.—Los ingleses, dijo, constituyen un pueblo libre y se respetan.—Arreglados todos estos pormenores, se separó de monsieur de Caulaincourt, renovándole sus demostraciones de confianza absoluta y de gratitud eterna. Mr. de Caulaincourt partió á cumplir su mision cerca de María Luisa y de los soberanos.

Mientras en Fontainebleau tenia lugar esta lúgubre escena, pasaba en Paris otra escena muy diferente, porque, en medio de las perpétuas vicisitudes de este mundo, llevada la alegría incessantemente de unos en otros, súbito llega á resplandecer sobre frentes por largo tiempo nubladas, y en negra tristeza deja sumidas frentes sobre las cuales habia relucido siempre. A la verdad todo era agitacion, anhelo, demostraciones de adhesion en torno del conde de Artois, que iba á hacer en Paris su solemne entrada.

Mr. de Vitrolles se unió al príncipe en Nancy